

menos monótono que la vida donde sólo ve á su mujer, á sus hijos y á sus criados, y adonde le falta el casino, los amigos, el café, ó cualquiera otra distracción de las que había dejado por un poco de tiempo.

Este es el momento peligroso para la mujer; este es el que decide lo porvenir para aquella pareja, dichosa hasta el momento en que el narcótico de las ilusiones dejó de producir sus maravillosos efectos.

Aquí, en estas terribles crisis matrimoniales, quisiera yo ver siempre á los filósofos, á los moralistas, á los poetas, á los teólogos, á todos los que escriben las más bellas teorías acerca del matrimonio.

¡En cuántas ocasiones después de ser testigo de escenas verdaderamente borrascosas entre dos esposos de muy buena moral, de religiosos principios y de esmerada educación, me he preguntado: ¿qué son todas las teorías y los volúmenes escritos ante el abismo negro y profundo del corazón humano?

Permíteme que por hoy deje aquí pendiente esta carta, pues el inexorable cajista se empeña en que se la lleve de mandar inmediatamente, porque le urge concluir su trabajo antes de las fiestas patrióticas, en lo cual no puedo menos que concederle la razón.

Por igual causa no contesto en la parte que desco la última tuya; pero cuenta con que lo haré en mi próxima, pues me colocas precisamente en el terreno que más me agrada.

México, Setiembre de 1886.

ANTONIO DE P. MORENO.

## LA NIÑA Y LA MUÑECA.



La mujer es la base de la familia y de las sociedades, la destinada á crear y dar forma, sembrando en el tierno corazón del niño la semilla del bien, ya que de su alma hace brotar las primeras sensaciones, y la que ejerce después su bienhechora influencia en todos los actos ó situaciones de la vida del hombre, debémosla las consideraciones que merece, por la trascendental é importante misión que debe llenar en las diversas fases ó periodos en que la consideremos, como hija, esposa y madre. De ahí que creamos que la educación sea el medio que podemos facilitarla para que no se malogre por el abandono ó el descuido, el germen regenerador que en ella reside, contribuyendo á que se acrecienté su inagotable bondad y exquisita delicadeza, condiciones especialísimas para que más tarde pueda llenar la sublime misión para que está destinada, siendo el consuelo y la dulce compañera del hombre y la tierna y amante madre de nuestros hijos.

Y téngase entendido que al tratar de educación, no nos referimos á la reglamentada, á la que se recibe en los colegios ó universidades, escolástica ó doctrinal, porque además de la aridez que presentaría á la delicada sensibilidad de la niña, confundiría su juvenil imaginación con la aglomeración y oscuridad de reglas y sistemas; nos referimos á la educación práctica, natural, permítasenos la frase, que la verdadera madre puede enseñar constantemente á su hija, tomando como libro de texto las obras de la naturaleza, los actos de la vida de familia y los incidentes sociales. Educación práctica, real, tangible, que explicada con la sencilla pero convincente elocuencia maternal, invadirá paulatinamente el corazón de la niña, sembrando en él la fructífera simiente del porvenir de la mujer.

La niña es, á la vez que la representación futura de la familia, la misteriosa página del libro del porvenir. Sus primeros deseos é inclinaciones indican ya el papel que deberá representar en la vida. Todo en ella es tierno, delicado y agradable. Sus mismos juegos, sus inocentes distracciones son la manifestación de su sensibilidad, el presentimiento de sus posteriores deberes y de la importante misión que está llamada á llenar. Desde su más tierna edad, sus juegos son una verdadera revelación, un anuncio de lo que ha de llegar á ser. La mayor satisfacción que puede proporcionársele, es la de ofrecerle una muñeca, y su alegría llega al colmo si ésta en su volumen y confección se aproxima en la forma á la realidad. Infinitos son los cuidados que la prodiga, cual si aquel producto de la industria tuviera sensibilidad y vida, comprensión ó inteligencia. El afanoso interés que la inspira es un simple destello del que en su corazón despertarán sus hijos, cuando la Providencia rodee su cabeza con la interesante aureola de la maternidad.

En ese período, pues, en que la niña, sin que pueda darse de ello cuenta, revela ya la ternura de su alma y la delicadeza de sus sentimientos, la madre pru-

dente y de claro criterio debe empezar á ejercer su benéfico influjo, sirviéndole de tema para sus lecciones los objetos que distraen y entretienen á la niña, haciéndole comprender, por ejemplo, que debe conservar la muñeca con que juega y se divierte, porque simbolizando al niño, no podrá ser buena madre la que se entretenga en decapitarla ó arrancarle los miembros. De la misma curiosidad innata en la niñez, que se manifiesta por un afán de destructibilidad, puede sacarse también partido, sirviendo para despertar el arrepentimiento, resultado fácil de obtener, dada la encantadora bondad que existe en los niños.

Fácil ha de ser enjugar las lágrimas que hayan hecho brotar las prudentes reconvenciones, pues no dudamos que una buena madre preferirá siempre que su hija haga desaparecer los colores de los carrillos de su *bebé* de cartón lavándole la cara bajo el caño de una fuente, á que el sentimiento robe las encantadoras rosas que colorean sus mejillas. Dios las ha formado para embellecerla, no quedando el recurso, como en la muñeca, de comprar otra ó bien darle una mano de bermellón. Las caricias maternas lograrán que pronto, y no enjulas aún las lágrimas, asome en los purpurinos labios de la niña una preciosa sonrisa, que, cual la de todos los niños, por lo pura y espontánea, revela la belleza de su alma.

La elección de muñeca puede servir de base para que resulte una provechosa enseñanza. Las groseras muñecas de cartón, las que figuran en los puestos ambulantes, no pueden halagar á la niña, porque en ellas no existe nada que las aproxime á la realidad. Carecen de forma estética. Las manos y los pies son dos masas informes, en las que no se adivinan siquiera los dedos ni las articulaciones; todo en ellas es rígido, inerte, hasto y grosero, no siendo posible hacerlas doblar las piernas para que se arrodillen cuando la niña reza. Su inmovilidad es el mayor tormento para un sér que, como el niño, se manifiesta y distingue por sus impacientes movimientos y constante actividad.

Preciso es, por lo tanto, mucho tino para escoger una buena muñeca, eligiéndola con arreglo á las condiciones especiales de cada familia. La Providencia, sin embargo, no nos da el derecho de elegir las muñecas animadas, dándonos séres sin palabra ni pensamiento, para que tengamos el cuidado de enseñarles á hablar y á sentir, cuidado reservado especialmente á las madres. De ahí que aquellas necesiten un profundo estudio, del que jamás se halla el término, puesto que la mayor parte de las veces, al dar una lección una madre, la recibe ella también, á la vez que su misma hija.

Los *bebés* no son otra cosa más que groseros modelos, de los que deben servirse las niñas como si fueran maniqués, cortando, dulcificando ó modificando su propio carácter, en la medida de las justas aspiraciones y deseos de sus padres.

Durante los primeros años es cuando debe empezar la preparación moral de la niña, destinada á sufrir rápidas y trascendentales metamorfosis, en un corto período, á fin de que se instruya, acostumbrándola á ser modesta y veraz, ya que estas cualidades constituyen las bellezas del alma, y buena, no para llegar á la santidad, según el equivocado afán de algunas madres, sino para poder fundar una generación de séres buenos y simpáticos.

Debe dejarse á la niña que introduzca en la muñeca todas las variantes que á ella la asemejen, y en manera alguna que la niña trate de imitarla, cambiando su modo de ser por la engañadora hermosura, puesto que creemos no existe nada más horrible y que peor efecto produzca al buen sentido, que el aspecto de una de esas niñas representantes de una precoz coquetería, que parecen verdaderas muñecas sacadas de los aparadores de un almacén de juguetes, con los cabellos perfectamente rizados y el brillo de sus mejillas empañadas por el polvo de arroz ó algún aceite más ofensivo y peligroso. Siendo niñas parecen ya viejas, y cuando llegan á la ancianidad infunden aversión en lugar de respeto.

Esas pobres criaturas pasan la vida envaradas, tiesas, sin moverse por no descomponer los perfiles de su tocado. Si llegan á casarse, la suerte las depara, algunas veces, un marido muñeco también, superficial y frívolo, que al engañar ha sido también engañado, deslizándose la existencia de ambos fría y sin atractivos. Pero en cambio, si el hombre que á ellas se une es pensador, juicioso, delicado y sensible, la vida entonces es un verdadero suplicio. Si la mujer muñeca es de cera, se derrite, convirtiéndose en pasta si es de cartón, corriendo el riesgo de que la rompa su marido si es de porcelana, en el desco de conocer si en el interior de aquel cuerpo frío existe un corazón que lata y sienta.

No dudamos que las niñas preferirán siempre gozar de una agradable libertad que las permita lucir sus naturales encantos, á la muda belleza de las muñecas de cera, cartón ó porcelana. Preferirán poder reír, abrir la boca ó cerrarla á su antojo, á permanecer inmóviles para no descomponerse, anhelando que en sus frescas mejillas se posen frecuentemente los calientes labios de sus madres.

¿Y de qué clase ó á qué categoría deberá pertenecer la muñeca que se elija?